

LA DESERCION DEL ALCALDE

APATIA DEL DR. RAUL MENOCA Y CONTRASTE
CON SUS APORTES AL AUXILIO SOCIAL DE LA
FALANGE ESPAÑOLA. UNA LECCION AMARGA

oct 23/45 Sus

LA capital de la República ha sufrido intensamente las consecuencias del ciclón. Por dondequiera que el peatón cruza, advierte en seguida las consecuencias del desastre. Casas derribadas, árboles sacados de cuajo. Los barrios de indigentes semiarrasados; los obreros, medio destruidos. No hay una sola manzana en los suburbios donde el huracán no dejara una huella impresionante.

Docenas de muertos, cientos de heridos, miles de afectados.

¡Doloroso balance en el cual la angustia pone una nota peculiar! Pero, a pesar de que la conmoción ha sido tan intensa y de que la ciudadanía ha dado una hermosa lección de valor y de civismo, aún las autoridades municipales no han dado la menor señal de vida ni parecen estar preocupadas por el funesto saldo que nos dejó el meteoro.

En esta hora terrible, cuando cientos de damnificados claman por que se les dé alimentos; cuando cientos de vecinos de La Habana están reclamando ropas y posibilidades de reconstruir sus viviendas; cuando aún en las barriadas más populosas no hay luz, ni agua, ni víveres; cuando la máxima autoridad municipal —el Alcalde— debió sentirse más responsabilizado y estaba obligado a actuar en consonancia con el cargo que desempeña, hemos asistido al espectáculo inaudito de su despreocupación. Mejor dicho: de su deserción.

Quizá a estas horas el Dr. Raúl Menocal guarda todavía el rencor producido por la frustración del "affaire" del Acueducto; quizá sean otras las causas; pero es lo cierto que en el momento de mayor incertidumbre, La Habana careció de una acción ejemplar inspirada por su alcalde. Y choca que ese propio alcalde que en otras ocasiones ha sido tan dadivoso para entregar fondos a colectas públicas —entre ellas aquellas del "Auxilio Social" inspiradas por "Falange Española"— aún no ha respondido al llamamiento en favor de los damnificados.

No lo hemos visto recorrer los comercios buscando frazadas y ropa; no ha visitado a los contribuyentes preguntándoles la cuantía de sus daños; no ha montado oficinas para atender demandas y facilitar auxilios. Sordo, impasible, glacial, asiste al espectáculo con una indiferencia irritante. ¿Qué opinión tendrán los vecinos de las barriadas de Arroyo Apolo, Jesús del Monte,

2

Luyanó y Cerro, de la inferioridad del servicio médico que les ha procurado el Dr. Raúl Menocal en estos momentos difíciles?

La Habana se ha sentido sola en estos instantes. Angustiosamente sola. Si no hubiese sido por la actuación del Presidente de la República, que recorrió las calles haciendo visible una autoridad preocupada por la suerte de su pueblo, al dolor físico de la tragedia seguiría el dolor moral de una decepción. Este abandono censurable del Alcalde debe ser muy tenido en cuenta por los vecinos de la capital de la República.

Basta pensar que el Alcalde de La Habana, sólo para recoger las serpentinas del paseo del Prado en épocas de Carnaval, cedía créditos de cuarenta mil pesos. Sin embargo, aún está virgen la iniciativa en favor de la restauración de la ciudad. ¡Es que sabía que cualquier cantidad que se donara tendría que ser utilizada íntegramente, sin filtraciones, sin los manejos habituales... Y ante esa perspectiva, perdió el entusiasmo. Los eternos profesionales de la política sólo sienten un estímulo grande cuando el porcentaje de utilidad es grande.

De ahí su celo porque La Habana tuviese agua... ¡Con hipoteca a firmas extranjeras! Y de ahí su indiferencia ante el zarpazo brutal del huracán.

Si la Habana hubiese tenido un alcalde digno de su abnegada población, desde que los primeros partes meteorológicos anunciaron el peligro, se le hubiese visto en los lugares de mayor riesgo: en el Caivario, donde el viento silbaba lúgubrementemente; en la hondonada de Batista; en el rincón de El Moro; en las alturas del Cerro. Y después hubiese estado junto a los heridos, animando a los propietarios de casas derrumbadas, atendiendo a los indigentes desamparados.

Pero la Habana no tiene un alcalde.



Decíamos en nuestro último artículo que el huracán había puesto muchas verdades al desnudo. Entre ellas hay que anotar ésta, que para nosotros no ha sido una sorpresa. Fuimos de los pocos que calibramos a tiempo la madera en que está tallado nuestro Alcalde. Pero nos imaginamos que para muchos de nuestros convecinos, esta inconcebible apatía del Dr. Raúl Menocal debe de haber constituido una nota de decepción y de amargura... ¡Porque hay que ver el entusiasmo que había en esas barriadas destruidas por el ciclón el día primero de junio!

Lo reiteramos. La Habana se ha sentido sola, amargamente sola.

Y a lo mejor, dentro de unos meses, cuando vuelva a la campaña electoral, nuestro perínclito alcalde se sentirá candidato otra vez. Y entonces sí descenderá a los barrios humildes con los fotógrafos, y se internará en los solares, y pondrá las manos cuidadas por la manicura sobre las espaldas sudorosas.

Y sacará a relucir su manoseado lema:

Raúl lo hará.

¡Y buena que la ha hecho!

Aug, Oct 23/44